

MEMORIA DE ACTIVIDAD

Marcha de los Inocentes 2025 Cerro de San Cristobal Sección de Cordales

DATOS PRINCIPALES

Fecha: 28 diciembre 2025

Lugar de realización: Sierra de Ayllón

Número de participantes: 63

Transporte: Autobús

Alojamiento: ----

Coordinador/a: Jesús E. García Bermúdez

Parece mentira, pero a esta salida, hemos llegado a estar apuntadas 72 personas, de manera que se hizo necesario el servicio de dos vehículos de transporte. Finalmente, por razones de distinta índole hemos acudido 63, (40 hombres y 23 mujeres).

Las previsiones meteorológicas no eran muy halagüeñas, pero tuvimos la suerte de que saliese un día perfecto para disfrutar una vez más de la Sierra Norte de Guadalajara, territorio donde el tiempo parece haberse detenido entre muros de pizarra y tejados oscuros. Esta ruta, que conecta el remoto pueblo de Colmenar de la Sierra con la pedanía de Campillejo, no es solo un ejercicio físico que nos permite empezar a librarnos de los excesos navideños, sino un viaje sensorial por la "Arquitectura Negra" y la orografía indómita de la vertiente sur del Macizo de Ayllón.

Antes de llegar al punto de partida el autobús grande se detiene en las instalaciones del retén de los forestales. El microbús se adelantará hasta el pueblo para cerciorarse de que el autobús grande podrá maniobrar para dar la vuelta.

En Colmenar de la Sierra, ha amanecido con un frío seco, aunque más suave de lo esperable con el parte meteorológico en la mano. Este pueblo, encaramado sobre un cerro que domina el valle del río Jarama, conserva la esencia de la vida pastoril.

Iniciamos la marcha descendiendo ligeramente hacia el cauce del río, cruzando puentes de piedra que han resistido siglos de crecidas, o casi, porque aún se pueden ver las vigas de metal sumergidas en el cauce, testigos del anterior puente.

El primer tramo nos obliga a calentar las piernas rápidamente, pues el terreno es un constante sube-baja entre jaras y robles melojos.

Para los más atrevidos, el objetivo principal de la mañana es el Cerro de San Cristóbal, qué con una altitud de 1.588 metros, se erige como un vigía natural entre los valles.

La subida es exigente, el sendero se desdibuja entre pedrizas y lanchas de pizarra resbaladizas.

A medida que ganamos altura, la vegetación cambia. Los robles dan paso a matorrales bajos y piornos. Al llegar a la cumbre, la recompensa es una panorámica de 360 grados:

- Al norte, las cumbres del Pico del Lobo y la cuerda de La Pinilla.
- Al este, el Ocejón.
- Al sur, la penillanura que se extiende hacia la meseta.
- Al oeste, el tajo profundo del río Jarama.

Es un lugar de silencio absoluto, roto solo por el viento que silba en las crestas, además de por la fauna pegasiana. Aquí quien más y quien menos aprovecha para hacer un breve descanso, sintiendo la inmensidad de una de las zonas menos pobladas de Europa.

Tras coronar el cerro, iniciamos el descenso por el mismo camino hasta el desvío que cogimos poco después del Mirador de Balagares, donde, el trazado de las dos opciones de Marcha, vuelven a coincidir.

Bajamos hacia el arroyo de la Llanada, un curso de agua cristalina que nos guía en dirección a nuestro siguiente destino. El terreno aquí es más amable, permitiendo un ritmo de marcha constante mientras observamos el vuelo de los buitres leonados que anidan en los riscos cercanos.

Tras superar un suave repecho, el perfil de Matallana emerge entre la maleza. Este pueblo es uno de los máximos exponentes de la Arquitectura Negra, aunque hoy permanece deshabitado. Sus casas, construidas íntegramente en lajas de pizarra, parecen brotar directamente de la tierra.

Pasear por Matallana es un ejercicio de nostalgia. Se pueden observar:

La Iglesia de San Juan que aún conserva parte de su estructura, con muros gruesos diseñados para soportar los inviernos más crudos.

Las Viviendas, algunas rehabilitadas y otras que carecen ya de tejado, dejando ver la maestría del encaje de las piedras sin apenas argamasa.

En el entorno, el pueblo está rodeado de antiguas eras y huertos donde ya hace tiempo, la naturaleza ha reclamó su espacio.

La sensación de aislamiento es total. Matallana quedó sentenciada por la falta de comunicaciones y la construcción del embalse de El Vado, que, aunque no inundó el pueblo, lo dejó aislado por carretera.

Al otro extremo de Matallana, por una pista entre encinas, buscamos entre las zarzas el camino que nos ha de conducir hasta el puente de los Trillos. Es necesario cruzar nuevamente el cauce del río Jarama y tras ascender levemente siguiendo la pista que lleva hacia Roblelacasa, en la primera curva, nos desviamos por el sendero que faldea paralelo al discurrir del río.

Al final de este sendero, el terreno se quiebra para dar paso a otra de las joyas de la ruta. La Cascada del Aljibe es en realidad, una doble caída de agua de gran belleza geológica. El arroyo se precipita sobre dos pozas naturales, los "aljibes", excavadas en la roca oscura por la erosión milenaria.

La Poza Superior, recibe el agua con fuerza, creando una cortina blanca que contrasta con el negro de la piedra.

La Poza Inferior: Recoge el excedente en un remanso más tranquilo antes de que el agua continúe su camino hacia la desembocadura en el Jarama.

Es un rincón de una paz sobrecogedora, donde la fuerza del agua ha esculpido un anfiteatro natural de pizarra.

Es en este anfiteatro donde nos hemos convocado para compartir todos esos buenos productos que hoy hemos transportado en nuestras mochilas. En perfecta comunión, es emocionante comprobar, como este ambiente familiar perdura a lo largo de los años con la excepcional disposición de las personas que participan y que con el empeño de Luis Gamarra y el mío propio, nos propusimos, llegase a ser tradición. Y claro está (no se me enfaden), distintos personajes de la organización del Club y colaboradores que echan una mano de una u otra manera, para que este cuento tenga un final Feliz.



PEGASO
A.D. GRUPO MONTAÑA



Me acuerdo también, de todos aquellos asiduos compañeros que por diversos motivos ya no están con nosotros y que más que hacer grupo, hacían legión.



En fin, después de que coman algo los últimos rezagados, que encima son los encargados de llevar a cabo los sorteos, procedemos al sorteo de la paletilla y demás fruslerías bajo el atento escrutinio de los presentes.

Aquí también se aprecia la evolución a lo largo de los años, me acuerdo de la primera paletilla, un cojín de coña que compré con el dinero que aportaba el Club al coordinador por preparar la actividad. Después dos mujeres premiadas, Sara y Maite. Hoy Víctor. El año que viene ya se verá.

Toca recoger, no dejar rastro de nuestra presencia pasajera en este excepcional paraje y volver a encaminarnos a nuestro destino el día de hoy.

Si el camino desde Matallana hasta la Cascada del Aljibe fue un descenso a las entrañas del agua y la pizarra, el trayecto que nos lleva desde este monumento natural hasta Campillejo es una travesía de ascenso, luz y horizonte. Este trayecto nos conecta con la serenidad de uno de los pueblos más pintorescos de la Arquitectura Negra de Guadalajara.

Dejamos atrás la doble poza de la cascada. El sonido del agua golpeando la roca negra se va atenuando a medida que ganamos altura.

Para salir del cauce del arroyo del Soto y dirigirnos hacia Campillejo, debemos remontar las laderas que flanquean el arroyo. Este primer tramo es exigente y cuesta un poco con la barriga llena.

El paisaje es vertical. Mirando hacia atrás, se aprecia la cicatriz que el agua ha tallado en la montaña. Es aquí donde comprendemos la magnitud del aislamiento de esta zona. Estamos en una depresión profunda, rodeados de cerros cubiertos de matorral bajo donde el color dominante es el pardo, el gris y el verde oliváceo de las encinas que logran agarrarse a las grietas.

Una vez que alcanzamos la parte alta del cordal, el terreno se suaviza. Nos encontramos en una suerte de altiplano donde la vista se abre de manera espectacular. A lo lejos, las cumbres de la Sierra de Ayllón y el pico Ocejón vigilan nuestros pasos.

Este tramo intermedio es el reino de la jara pringosa. El camino es ahora una pista de tierra rojiza que corta el matorral. El silencio aquí es casi sólido y solo se ve interrumpido por el crujido de nuestras botas al pisar piedras, hojas y pequeñas ramas.

El rectilíneo sendero nos permite divisar a lo lejos la silueta de otros pueblos cercanos como Espinar o Campillo de Ranas, pero Campillejo se mantiene oculto tras una última loma, jugando al escondite.

Tras coronar el último repecho, el paisaje cambia de escala. El monte salvaje da paso a antiguas zonas de pastoreo y pequeños muros de piedra que delimitan antiguas parcelas. De repente, aparece Campillejo.

Entrar en este pequeño pueblo es como cruzar un umbral temporal. Es quizá, el pueblo que mejor conserva la esencia pura de la arquitectura negra por su escala reducida y su uniformidad. Aquí no hay edificios que desentonen, todo es pizarra, madera y barro.

La Iglesia de San Juan Bautista, es lo primero que capta nuestra atención. Sus muros gruesos de pizarra oscura y su espadaña se alzan modestos pero imponentes. La sencillez de sus líneas es el reflejo de una vida dedicada a la supervivencia en un entorno hostil.

Caminar por Campillejo es un placer táctil. Las paredes de las casas son rugosas, con esa textura hojaldrada propia del esquisto. El color de las viviendas cambia según la luz: negras bajo la lluvia, plateadas al mediodía y casi doradas durante el atardecer.

Es el final perfecto para una jornada de montañismo tranquilo y su restaurante “los Manzanos”, un refugio de piedra en mitad de la inmensidad, nos permite otro ratito de animada conversación antes de montarnos en el autobús de vuelta a Madrid. David y compañía prevenidos de nuestra intención de acabar la ruta en el pueblo, nos tenían preparadas las cervecitas frías con algunos sabrosos acompañamientos.

Gracias a todos/as por la buena disposición, por seguir contribuyendo a hacer de esta salida una experiencia mayúscula. Empezaremos a preparar la siguiente Marcha de los Inocentes en breve, estáis nuevamente convocados.